



*Antena Vacuna*  
*Mayo 14/96.*

## DISCURSO DEL DOCTOR ADOLFO MURILLO

PRESIDENTE DE LA JUNTA CENTRAL DE VACUNA



SEÑORAS Y SEÑORES:

El genio medita y crea; observa, recoge y dá forma á lo rudimentario, á las líneas primitivas y dispersas de los conocimientos humanos; hace plástico lo informe, tan pronto como el rayo de luz divina ha penetrado en su espíritu, tan pronto como la idea se ha encarnado y héchose verbo.

Entonces la individualidad se alza, crece; se hace gigante, y el apóstol benefactor sucede al hombre de ciencia, al caviloso pensador, al afortunado generalizador, al investigador audaz. El descubrimiento se estima, entusiasmo, recorre los espacios como el éter y va á redimir los males que á la humanidad afligen; abre nuevos horizontes, ensancha los antiguos; sirve de consuelo al hombre que se debate en estériles esfuerzos, que gime en la orfandad, que se estremece con el dolor y que á las veces fallece a peso de las desgracias que le oprimen. ¡Poder del rayo arrebatado á los dioses!

Esos genios tienen derecho al reconocimiento universal, cuando, sobre todo, van á detener el ancho y correntoso caudal de las enfermedades, de las invalideces y de la muerte. Jenner es el

brazo poderoso, el instrumento consciente de la Providencia que viene á remediar un mal que afligía á las naciones y que diezma-  
ba sin piedad á los pueblos.

La viruela era uno de los azotes más temidos en los pasados siglos, fué traída por los españoles á América desde los primeros años de la conquista, y Chile ha sido uno de los países que más tributo le ha pagado.

No fueron por cierto, los arcabuces de los españoles ni sus afilados sables, los que más víctimas hicieron entre los bravos araucanos durante la dilatada epopeya de la conquista; no fueron tampoco las alineadas columnas de sus ejércitos ni sus aguerridos soldados los que pusieron miedo á esos heroicos indígenas, ni señores, no fueron ellos los que pudieron poner espanto á un pueblo de quien ha dicho el poeta:

«Que no ha sido jamás por rey regido  
Ni á extranjero dominio sometido»

Lo que les infundió pavoroso espanto, lo que detuvo en más de una ocasión á sus legiones vencedoras ó á sus ejércitos en la invasión y el ataque, fueron las epidemias de viruela que arrasaban sus filas y paralizaban su indómito empuje.

La viruela fué el peor azote y el mayor enemigo de los legendarios defensores del suelo chileno. Una anécdota que la crónica nos ha transmitido es gráfica y merece ser recordada en estas horas de admiración y de júbilo, en los precisos momentos en que nuestras cabezas se inclinan respetuosas ante el hombre que puso barreras al mal.

Unos cuantos sacos de lentejas eran llevados de un punto á otro del país sobre los hombros de varios indios de carga. En el camino rómpease uno de los sacos y las semillas caen al suelo. Verlas los indios y escapar desalados fué todo uno. Creyeron los pobres conductores de esos sabrosos granos que llevaban consigo los gérmenes de la viruela. El miedo es cerval.

Don José Pérez García, afirma, con Jerónimo Quiroga, que en 1555 murieron las tres cuartas partes de los indios; y añade que en el protocolo eclesiástico de la Imperial, en una presentación que hizo al obispo de aquella ciudad el encomendero don Pedro

Olmos de Aguilera, en 22 de junio de 1573, manifiesta á Su Ilustrísima que de doce mil indios que le había dado en repartimiento Pedro de Valdivia, solamente le habían quedado ciento, por la mortalidad que en ellos produjo la peste de viruela en 1555. En las mismas circunstancias, Hernando de San Martín, declaraba también al obispo, que de ochocientos indios que de servicio tenía, apenas le sobrevivieron ochenta.

Carvallo y Goyeneche, refiere que el Gobernador don Alonso Sotomayor resolvió regresar á Concepción, en el otoño de 1591, después de algunos encuentros con los indios «porque ya apretaban demasiado las lluvias del invierno, y para ocurrir á las necesidades en que se hallaba todo el territorio, á causa de una cruel epidemia de viruelas que prendió en él y contagió también á los indios, que por este motivo no pudieron moverse contra nuestras poblaciones.»

Á estar á lo que dice el historiador de la Compañía de Jesús, fray Miguel Olivares, no debió ser menos grave que las anteriores la de 1654, «pues fué general por todo el reino y dejó esta ciudad de la Serena casi despoblada de vecinos y de gente de servicio.»

El padre José Javier Guzmán, dice que: «por los años de 1787 fué tanta la mortandad que hubo en este obispado de Santiago, ocasionada por la peste viruela, que no bastando para curar los infectos de este mal, los hospitales que había, se hicieron otros dos más provisionales, los que tampoco fueron suficientes para recibir tanta multitud de virulentos como ocurrían á curarse; y sin embargo del cuidado que había para su asistencia, se regula que pasan de seis mil los que perecieron solamente en esta ciudad. En los años 1801 y 1802, hallándome de guardian en Curimón, se experimentó igual mortandad en la provincia de Aconcagua, pues pasaron de diez mil los que murieron en sólo los tres curatos de San Felipe, Curimón y Putaendo. Pero mucho mayor que lo expuesto ha sido regularmente el estrago que ha causado la viruela cuando se ha propagado su contagio en las provincias australes, porque su infección y malignidad las ha dejado casi enteramente desoladas.»

Ya véis, señoras y señores, por estas cortas excursiones históricas cuán terribles eran esas epidemias en Chile, cuán temidas

debían ser, y bien podemos imaginarnos cuánto debió ser el regocijo del Gobierno y del pueblo al sentirse poseedores de un elemento de fácil propagación y de seguro éxito para combatirlos, de una verdadera panacea, de un regalo tangible de vida.

Se me figura ver á los hombres dirigentes de esa época con los corazones agitados por el contento, con el espíritu sonriente y abierta el alma á las grandes esperanzas de un porvenir magnífico por estos países entonces despoblados y pobres, dibujándoseles en lontananza sus ciudades apretadas y populosas cubiertas de fábricas, llenas de movimiento y de actividad fabril, sus campos cultivados y cargados de abundantes mieses bajo la égida del inmortal descubridor.

Bien pronto el descubrimiento de Jenner debía atravesar los mares é implantarse en la América, tan lejana entonces de la Europa.

Carlos IV envía á sus colonias la grande expedición de la vacuna bajo la dirección de Balmis, que sale de Coruña el 30 de noviembre de 1803, llevando á 25 niños con sus madres, para ir inoculándola de brazo á brazo durante la navegación y hacerla llegar al término de su destino.

En casi todas partes recíbese á los propagadores en medio de espléndidas fiestas, entónanse, en las iglesias, himnos de acción de gracias y déjanse sentir los hosannas de júbilo bajo los artes<sup>33</sup>onados techos de las catedrales de Bogotá, de Quito y de otras capitales americanas; al mismo tiempo ilumínanse las casas, se despliegan los vistosos estandartes y las músicas marciales recorren las calles, avisando á las gentes el gran descubrimiento.

El patriotismo chileno se adelanta á la expedición oficial, y Matorras y Salas y el padre Chaparro de la orden de San Juan de Dios, comienzan, autorizados por Muñoz de Guzmán, á difundir la vacuna que había venido transmuntando los Andes. Fray Manuel Chaparro practica la primera vacunación el día 8 de octubre de 1805, fecha que ha de quedar memorable en los fastos de la historia patria.

En las postrimerías de 1807, llega Grajales, ayudante de la expedición de Balmis y enviado especial para la propagación de la vacuna en Chile; organiza el primer servicio en Valparaíso, en enero de 1808, y se traslada á Santiago á ponerse á las órdenes

del Gobernador interino don Francisco Antonio García Carrasco. Grajales era un joven inteligente, simpático, animoso, lleno de celo ardiente por su misión y á él ha quedado vinculada la historia de los primeros trabajos de propagación de la vacuna.

García Carrasco con fecha 10 de octubre de 1808 nombra la primera Junta de Vacuna en Santiago, «reservándome, dice en el decreto, para mí y mis sucesores la presidencia de ella en unión del Ilustrísimo señor Obispo». Y en las instrucciones, les decía:

«Deben fijar su atención los miembros de la Junta en conservar siempre fresco é inalterable el fluido vacuno para que por este medio no se extinga jamás y hallen el pronto socorro los que necesiten de este beneficio; sacrificio que será aceptable á Dios, al Rey y á la Patria.»

Así queda bien manifestado el gran aprecio con que fué recibida la vacuna durante los últimos años de la colonia.

La borrasca de la revolución que debía darnos la independencia desorganiza los servicios, avienta á los hombres y á las instituciones, derroca los poderes y descuida la vacuna. Los efectos se sienten pronto; la viruela recrudece y Portales decreta y organiza la Junta Central de Vacuna con fecha 11 de junio de 1830.

Los trabajos de esta Junta son notables y marcan un progreso.

Mas adelante ese servicio se reorganiza y se pone á la altura de las crecientes necesidades del país. El decreto de esta reorganización lleva la firma del Presidente Santa María y tiene fecha 19 de marzo de 1883.

Los servicios, como antes, quedan gratuitos.

Faltaba á esta reforma un complemento indispensable para asegurar su misión de propaganda activa, eficaz y humanitaria: un Instituto de vacuna animal. Ese Instituto se inaugura el 15 de marzo de 1888 bajo una dirección técnica inteligente, y es el que nos proporciona hoy los miles de placas que distribuimos en todos los ámbitos de la República.

En la actualidad existe una Junta Central de Vacuna que supervigila el servicio en todo el país y le da cohesión; setenta y dos juntas departamentales con sus respectivos médicos, y más de cien vacunadores que recorren los campos y las ciudades llevando á los hogares mismos el fluido preservativo de la viruela. Más de 200,000 vacunaciones se practican todos los años. La

mortalidad por viruela disminuye de día en día. Santiago, una de las ciudades más castigadas por el flagelo, ha reducido su mortalidad á 8 en el año pasado, y en los meses hasta ahora corridos no conocemos ninguna defunción.

No por eso la Junta Central se encuentra satisfecha; comprende que la labor humanitaria á ella confiada, le exige perseverancia y actividad en el trabajo; la propagación metódica é inteligente del fluido vacuno y la severidad en los procedimientos y operaciones; comprende que su labor es como la de Sisifo y que debe y puede, si es secundada en sus propósitos por otras corporaciones, aspirar á hacer desaparecer de la estadística una enfermedad que la higiene moderna considera justiciable.

Si para llenar su cometido no le bastara á sus miembros la conciencia de sus propios deberes, el amor de sus semejantes, la satisfacción de arrebatarse á la muerte y á la obscuridad, ¡la viruela hace tantos ciegos! les estimularía el ejemplo de los patricios esclarecidos que les precedieron y el sentimiento patriótico que alienta siempre á todo chileno cuando se trata de los intereses de su patria.

La Junta al asociarse gustosa á esta fiesta de homenaje al genio, de agradecido recuerdo á este gran benefactor de la humanidad, es por que tiene el propósito de inspirarse constantemente en ese gran espíritu que buscó el bien, que amó la verdad y que trazó el camino á los hombres de ciencia y á todos aquellos que aman al hombre por el Hombre.

*He dicho.*

